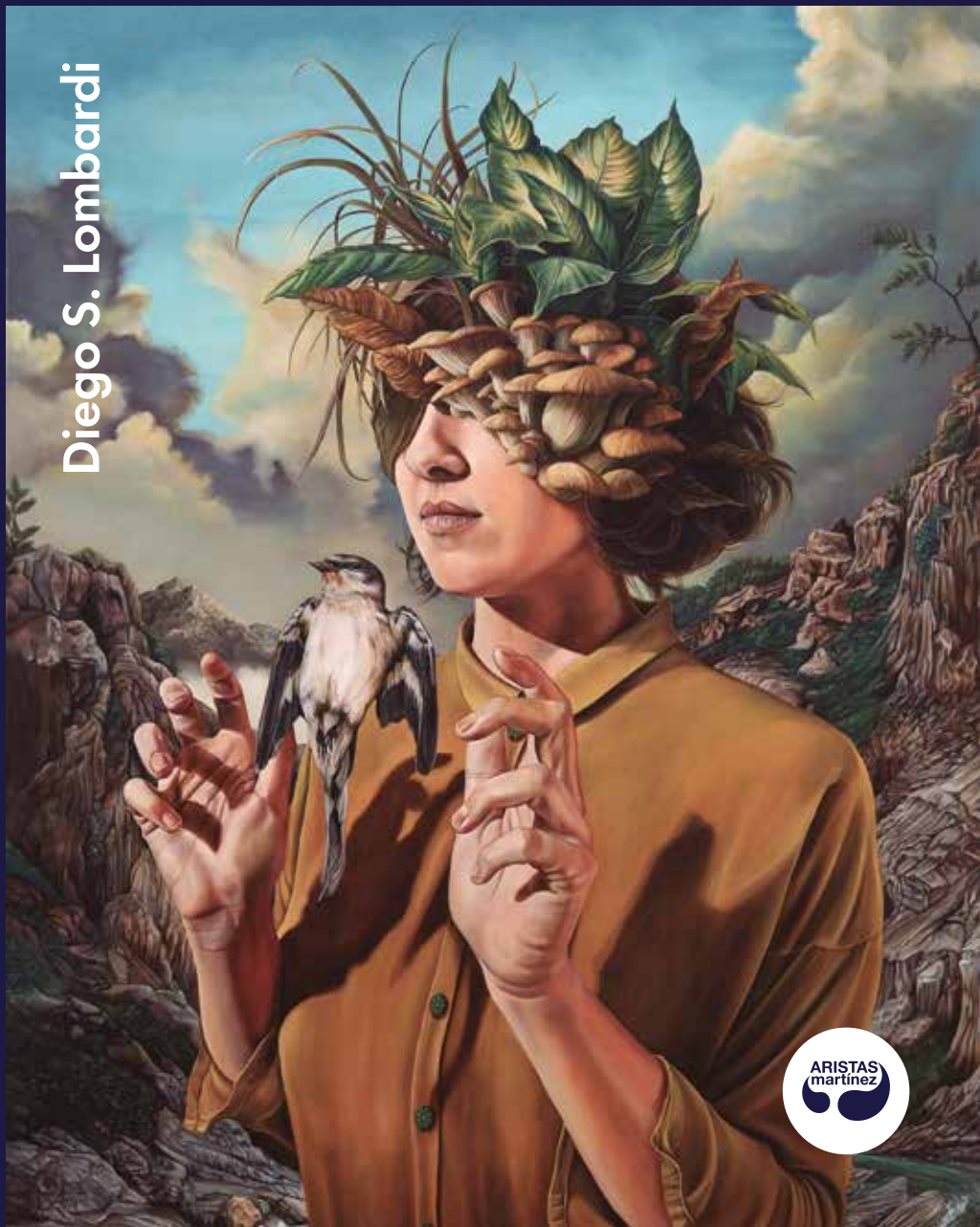


# Lo que habita entre nosotros

Diego S. Lombardi



Colección Pulpas n.º 35

Narrativa

Primera edición: enero 2021

Título original: *Lo que habita entre nosotros*

©2020, Diego S. Lombardi, del texto  
©2020, Alejandro Pasquale, de la ilustración de cubierta

©2021, Aristas Martínez Ediciones  
www.aristasmartinez.com  
c/ Toledo, 24-B Badajoz 06008

Corrección, diseño y maquetación:  
Cisco Bellabestia y Sara Herculano

ISBN: 978-84-122348-4-8  
Depósito legal: BA-827-2020  
Impreso en Estugraf

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

**Lo que habita**  
**entre nosotros**

**Diego S. Lombardi**



I used to be somebody else... but I traded him in

*Professione: reporter*, MICHELANGELO ANTONIONI

Los ojos ciegos bien abiertos

*Tiresias y sus Redonditos de Ricota*



## Capítulo I

# NIGREDO

*Una entrevista fallida. – Mi tiempo como modelo de artista. – La huella de una serie televisiva. – Primavera, verano, otoño, invierno y otra vez invierno. – El espanto frente al lienzo. – Florece un terreno que creí yermo. – Otra vez la puerta entreabierta. – Un grito parte al medio la noche. – Dejan un extraño regalo de cumpleaños y me asaltan visiones de otros tiempos. – Los sucesos de la cabaña, el agua marrón del río en los ojos y la entrega de los premios Astros. – Llega un indio cayibo. – La sombra del mombí. – Un círculo oculto de tutifruti bajo la mesa de la sala.*





Cuando Ana Bo llegó a mi vida me encontraba deambulando por una región de tal incertidumbre que su insólita irrupción, envuelta en hipnóticas fascinaciones, hizo que demorara una eternidad en comprender la magnitud de tan extraordinario suceso. Y desde la extrañez y embeleso inicial poco a poco fui descubriendo con creciente espanto las aberrantes dinámicas que tomaron vida en las sombras.

Por esto: cuando Ana Bo llegó a mi vida –aunque en realidad regresaba luego de dos décadas de haber desaparecido– también llegó aquello. ¡Ah! ¡Cuán penoso es referir lo brutal del encuentro que, lejos de ser inmediato, fue presentándoseme en fragmentos cada vez más claros hasta tomar la irrefutable forma del horror! Mas para hablar del desamparo que allí atravesé, diré las demás cosas que antes acaecieron.

Estaba yo recuperándome de uno de esos embates que puede propinar la sociedad por pretender marchar en una dirección contraria a la estipulada y, aunque comenzaba a retomar la actividad laboral luego de una larga temporada de fracasos, mi ánimo se sumergía en la más honda y oscura desesperanza.

Resulta probable que haya sido un martes a media mañana, aunque también es posible que haya sido un jueves, días en los que solía ir más tarde a la redacción, cuando tomé la misma línea de subterráneo de siempre, pero, por fin, hice una combinación distinta a la habitual. Varias estaciones adelante y ya en el exterior rodé dos veces la plaza antes de detenerme frente al edificio y examinar de nuevo el trozo de papel donde llevaba anotada la dirección.

Crucé la calle, me arrimé al ventanal y dejé una marca en el vidrio impoluto al apoyar el canto de las manos, que

componiendo una suerte de visera sobre mis ojos evitaron el reflejo en la superficie. Distinguí en el interior de la oscura y vacía recepción un soberbio piso de mármol blanco y negro, un ascensor de rejas de hierro más allá de la escalera que subía como un gran caracol y, contra la pared y sobre una mesita de madera, un jarrón alto y ovalado que siempre encontraría vacío –exceptuando un envoltorio de caramelo arrugado– en todas las visitas que realicé durante los días posteriores.

Me acerqué al tablero y pulsé el botón de su departamento, casi sin pensarlo, cuando una efervescencia nerviosa subió por mis espaldas. Entonces, por primera vez y luego de unos segundos, hubo alguien del otro lado. ¿Sería la mismísima Ana Bo quien atendía? Tosí como signo reflejo de mis nervios apenas pregunté por ella. Temí que decidiese colgar. El silencio se prolongó casi una eternidad hasta que pudo oírse una respuesta, apenas un murmullo que no alcancé a descifrar haciéndose camino en el aire por entre el ruido del tráfico.

Me presenté del modo más amable que pude; desde el diminuto parlante no volvió a llegar respuesta. Cruzando la calle, los árboles habían comenzado a llenarse de brotes de un verde joven y brioso; los días fríos habían pasado. Estábamos a mediados de septiembre y quedé allí parado algunos minutos más sin atreverme a tocar timbre de nuevo; luego fui hasta un banco de la plaza donde estuve largo rato sentado.

Confieso, no sin bastante pudor, que casi la había olvidado, pero leer su nombre en aquella solicitud hizo que se reavivaran en mí todo tipo de sensaciones y provocó, si no un estado importante de emergencia, una febril ansiedad y una creciente necesidad de certezas. Fue el director de la revista quien el día anterior me encomendó entrevistarla, escribir un artículo; lo que fuese. En el correo, sin demasiados detalles, me brindaba un número telefónico y una dirección advirtiéndome que ninguno de los datos estaba confirmado. Esa misma mañana tomé el teléfono y llamé en cuatro oportunidades; por la tarde, quince veces más. En ninguno de los intentos hubo respuesta alguna salvo en la tentativa doceava, en la que obtuve un inquietante tono de ocupado.

Por aquel entonces, como si hubiera logrado asirme de la rama de algún arbusto en una destartalada caída por el barranco, había aceptado incorporarme al equipo permanente de una pequeña revista de actualidad; era la primera oferta en muchos meses y su clara orientación hacia los chismes de la farándula no hizo más que encharcar la pesadumbre que se cernía sobre mi horizonte. Así fue como durante esa mañana de martes o jueves llegué hasta allí buscando a Ana Bo. Si bien la intención era pactar una cita para los próximos días, cargué en mi pequeño maletín las preguntas impresas, un grabador y una cámara compacta; aunque no esperaba dar con alguien —semejante contradicción se cimentaba en lo más profundo de mi fuero, recién ahora lo veo—, aún atolondrado para distinguir corazoadas, consideré conveniente estar preparado.

Me había presentado casi sin dormir, pues el día anterior —y gran parte de la noche— lo había destinado a componer el cuestionario y repasar su carrera, confirmando la inexistencia de

datos –más allá de aisladas entradas en blogs ya extintos, donde incluso unas parrafadas desordenadas la asociaban con un risible tramado de carácter conspirador– sobre su vida posterior y paradero. Desde hacía dos décadas había estado desaparecida y nada de ella se había vuelto a saber desde el lejano periplo mediático y su fugaz pero indeleble paso por la televisión, la última verdadera televisión antes del masivo acceso a la red y la diversificación de contenidos y plataformas.

Sentado en el banco de la plaza, víctima de una epifanía, caí en cuenta por primera vez de que estaba enamorado, tan enamorado de Ana Bo como lo había estado toda una generación, que por no volver a verla en las pantallas terminó por olvidarla. Mas bastaba con que los caracteres de su nombre apareciesen escritos en un correo o, al tocar el timbre, dar con una secuencia de oscilaciones eléctricas convertida en una voz ronca por el diminuto parlante para recordarla con toda nitidez. Ya no tenía dudas de que Ana Bo aún existía y estaba en el piso quinto de aquel antiguo edificio.

En el suelo avanzaba una línea de hormigas negras que transportaban palitos y recortes de hojas verdes. Fruncí los labios, junté saliva y dejé caer una enorme gota junto al sendero, que fue absorbida por la tierra seca casi al instante. Levanté la vista una vez más; en el balcón podían distinguirse macetas sin plantas ni flores y también un enorme ventanal, donde la persiana estaba levantada y unas cortinas blancas protegían la intimidad.

Me incorporé y, envalentonado, volví a acercarme al edificio donde ahora un hombre de overol azul custodiaba la puerta abierta. De frente al tablero volví a tocar el timbre. Me transpiraba la nuca; nadie atendió. Las huellas de mis manos en el vidrio habían sido borradas. Saqué de mi maletín el sobre

de papel madera con las preguntas impresas, coloqué dentro mi tarjeta y lo entregué al hombre del overol azul con una explícita indicación, otorgando al asunto un carácter de suma importancia. Lo tomó con sus dos manos y mantuvo una media sonrisa todo el tiempo hasta que me di vuelta y me fui rumbo a la redacción.

Tuvieron que transcurrir tres o cuatro días sin mayores novedades desde mi fallida visita antes de recibir su llamado tarde en la noche y tomándome por total sorpresa; más aún, sin rodeo alguno y con muy pocas palabras: una cita para el día siguiente en su departamento y a las once de la mañana.

Volví entonces a presentarme en su domicilio en el horario indicado y todavía más nervioso que antes toqué el timbre una vez; luego de varios segundos, otras dos. Esperé diez minutos, parado y sin hacer nada aparte de mirar la hora. Toqué dos veces más y por no obtener respuesta fui a sentarme al mismo banco de la plaza que en la ocasión anterior. Era también un día fresco y soleado y durante el rato que estuve allí sentado, desde la distancia, mantuve una estricta vigilancia de la puerta de entrada con la esperanza de verla llegar o salir.

¿Por qué mi corazón latía tan deprisa, Ana Bo? Me pregunté si después de tantos años la reconocería. En mi guardia solo atravesaron la puerta dos personas, ambas con rumbo hacia el exterior: una señora muy mayor de cabello blanco que caminaba con bastón y luego un joven con barba que portaba lentes oscuros de aviador. Transcurrieron los minutos y poco a poco los problemas personales a los que me enfrentaba en aquel momento fueron invadiendo mis pensamientos e inevitablemente hicieron que muy pronto perdiese el entusiasmo y terminara por sentirme abatido.

La persiana del quinto piso se mantenía baja y ya era más de mediodía cuando por fin sonó mi teléfono móvil; creí que podría ser ella y me apresuré a responder, pues otra vez la llamada provenía desde un número oculto, tan oculto como Ana Bo lo había estado todos esos años.

–Por favor, dime, que desde aquí no puedo estar segura  
–dijo.

–¿Ana? Estuve tocando el timbre... –había comenzado a decir como si necesitara excusarme cuando me interrumpió de inmediato:

–¿Cuántos oficinistas hay almorzando en la plaza?

La pregunta me descolocó, sin embargo, obedientes, mis ojos iban de aquí a allá buscando la respuesta. Hubo un silencio; luego:

–¿Ves algún perro cagando?

A medida que me acercaba, reflejado en el vidrio de la recepción, mi figura fue fundiéndose con la silueta del hombre del overol azul, quien del otro lado me concedió la entrada apenas gesticulé y señaló el ascensor como si temiera que no supiese qué hacer. La subida duró una eternidad; solo frente al espejo aproveché para arreglar mi peinado y acomodar el cuello de la camisa. Sus ojos me fulminaron al abrirse la puerta del departamento. Preguntó si llevaba grabador. Dije que sí y me pidió que se lo entregara. Así lo hice y pude cruzar el umbral y entrar en la vida de Ana Bo, porque ella, en la mía, y aunque no tuviera conciencia de esto, ya lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

Así comenzó –para llamarlo de alguna manera– una caprichosa entrevista que abarcó aquella primavera, el consecuente verano, otoño, invierno y así hasta otro invierno más, tiempo en el que tuve la oportunidad de conocer apenas algo de todo lo que había detrás de María Joaquina –tal cual se la conoció en la fatídica tira semanal de los martes a las veintidós– por medio de retazos que jamás respondieron siquiera alguna de las preguntas que había preparado.

Lo primero que llamó mi atención fue el modo en el que vestía; llevaba una camiseta de algodón blanca y ajada, de mangas largas y varios talles más grande, que cargaba con coloridas manchas de todo tipo. Lo siguiente fueron sus piernas, asomando apenas los muslos por debajo de la camiseta, amortajadas por una calza negra igual de manchada y gastada. Sucedió también que, como si en mi inconsciente hubiera concebido que tras la puerta me toparía con la niña de la televisión, grande fue mi asombro al descubrir en su persona los estragos del tiempo; aun así, no existían dudas: tenía frente mí a la mismísima Ana Bo.

Confesó, sin demostrar reparo ni pudor, que me había estado observando desde la ventana mientras cruzaba la calle y espiado a través de la cortina durante el tiempo que estuve sentado en el banco de la plaza; me había descubierto también levantando la vista hacia ella, como si pudiese verla, y que fue aquel halo de colores que me rodeaba –así lo dijo– lo que hizo que se decidiera a telefonarme la primera vez.

Alcanzaron apenas unos minutos para comprender que mi propósito inicial –escribir de Ana Bo para una revista de chimentos– estaba desbaratado e incuestionable fue mi azoramiento cuando declaró, de modo directo y sin justificaciones,



su intención de retratarme. ¿Por qué Ana Bo querría pintarme? ¿Justo a mí? Por supuesto que no pude negarme y comencé a visitarla con cierta continuidad. Iba temprano por las tardes, poco después de mediodía, para encerrarnos en su estudio y sentarme en una silla junto a la ventana. Según me dijo en una ocasión, era a contraluz la manera en la que podía ver el vapor de las cosas. Me sometí a sus directivas con una entrega expectante; posando inmóvil, la luz de la siesta atenuada por las cortinas del ventanal y su mirada insistente hicieron de mí una presa sin mayores reticencias.

Permanecía en posición estática para que Ana Bo hiciera su trabajo, incluso cuando sin aparente razón abandonaba su lugar detrás del atril y se acercaba al rincón opuesto del recinto para colocar su cara casi pegada a la pared blanca, como si buscara un detalle o una pista invisible. Y también cuando solía girar su cabeza hacia mí en un brusco arrebato, con sus ojos que me escudriñaban con la intensidad con la que se examina a un objeto exótico y curioso para luego, segundos después, quedarse como congelada con esa mirada que me traspasaba, ya posada en otro lugar lejano y desconocido. Entonces mi corazón, mientras permanecía sentado en la silla, saltaba entusiasmado al entender que estaba frente a un evento único y privilegiado.

Jamás me permitió ver el lienzo que pintaba de mí —aunque más adelante descubriría que en realidad no era uno, sino tres— antes de la llegada de los primeros calores. Solo consentía que estuviera en aquella habitación durante mi rol de modelo y la mantuvo, incluso en nuestra posterior convivencia, siempre cerrada con llave. Allí había también estanterías con frascos de vidrio cargados de colores y potingues y cuadros tapados por

telas blancas o dados vuelta y apoyados sobre el suelo y contra la pared; era el lugar donde Ana Bo se retiraba para quedar sumergida en el más profundo misterio.